

la ciencia no pretende descubrir de una vez los misterios divinos; conoce los límites que le son impuestos, y funciona como una facultad humana sujeta á las costumbres y á las preocupaciones, pero siempre encaminada al mismo fin. Los jonios, los pitagóricos, los eleáticos, Demócrito, Empédocles, Anaxágoras, todos los precursores de Sócrates buscaron el *por qué* y el *cómo* de las cosas, el principio que pudiera explicarles todos los fenómenos del mundo exterior y del pensamiento: Sócrates cambió de método, buscando la razón de las cosas en el entendimiento del hombre, toda vez que por medio de esta facultad se alcanza el conocimiento de lo verdadero; pero sus investigaciones, aunque eminentemente morales, tienden siempre á la metafísica: como por ejemplo, su teoría de las ideas primitivas, la prueba de la existencia de Dios por las causas finales y sus doctrinas sobre la espiritualidad é inmortalidad del alma. Platon emplea este mismo método aplicándolo á las ideas, esto es, á la sustancia de todas las verdades. Aristóteles hace de la filosofía la enciclopedia de todas las ciencias, y á su ejemplo las cuatro escuelas que de él se derivan nos presentan la filosofía, no como una ciencia especial, sino como la llave que encierra y contiene todas las demas ciencias dándoles el título de legitimidad. Los escépticos declaran que esta ciencia así comprendida no es realizable, pero no la niegan, ó bien negando la filosofía niegan al propio tiempo todas las ciencias.

En la edad média la filosofía solo se ocupaba en prestar sus formas á la teología que constituía su fondo; pero no tardó en recuperar su independencia, esto es, su dominio universal. Las cuestiones de los nominalistas versaban todas sobre la naturaleza de las ideas. Los restauradores de la filosofía, Bacon, Descartes, Leibnitz, se dedicaron á la universalidad de los conocimientos humanos. Descartes no limitó la filosofía al estudio del *yo*; y así vemos que apenas hubo deducido su propia existencia del entendimiento, se elevó á los supremos dogmas de la metafísica y de allí descendió á la física, á la fisiología, á la filosofía natural. Malebranche y Espinosa pugnaron por dar mayor unidad y elevación al dominio de la filosofía. Newton buscando la explicación de los fenómenos físicos, encuentra los mismos problemas, mientras los filósofos del siglo pasado, á la par que los declaran insolubles porque traspasan los límites de la experiencia, se ven obligados á discutirlos y á resolverlos, ya por un espiritualismo inconsecuente como Locke y Condillac, ya por un deísmo sentimental como Rousseau, ya por el materialismo como Holbach y Helvecio. Kant quiso restringir la acción del espíritu á la conciencia individual, incomunicando las ideas y las cosas; y sin embargo, en su simétrico sistema halló lugar no solo para Dios, el alma, la humanidad, la moral, el derecho, las bellas artes y la religión, sino hasta para los objetos exter-

nos. Hoy tratamos de armonizar el espíritu analítico del siglo XVIII con el espíritu sintético y organizador del siglo XVII, y despues de haber observado los fenómenos naturales y psicológicos, sentimos la necesidad de remontarnos á las leyes que les son comunes y les sirven de origen, reuniéndolos, por decirlo así, en una sola idea.

Esto es tanto mas importante cuanto que los sucesos comprueban cada día mas la conexión que tienen las teorías metafísicas con la práctica. Cuando una escuela proclama que no hay mas que materia en el mundo y que fué este formado por la reunión casual de los átomos, podrá creerse que basta despreciar una teoría tan caprichosa y poco científica; mas si se reflexiona que mata la idea del deber y la de toda superioridad, y que sustituye el bien particular al general, se comprenderá cuánta influencia puede ejercer en la sociedad y cuán obligados nos vemos á combatirla. Locke creó á Helvecio, Helvecio á los terroristas, y de Rousseau nacieron todos los extravíos de la gran revolución.

Precisamente en el día se prefiere el estudio de la sociedad á la ciencia del hombre ó sea al exámen directo del espíritu humano. ¿Y no es extraño que en una época en que se pretende raciocinar sobre todo, no se quiera estudiar la razón, su certidumbre y el modo de aplicarla? Atengámonos en buen hora á lo que exigen las prácticas sociales, pero confesemos que la organización social depende de las creencias, las tradiciones, las costumbres y los intereses. Ahora bien: ¿no pertenece á la razón el consolidar, combatir ó iluminar estos cuatro elementos de todo estado social? Hoy la filosofía no se mantiene encerrada en la conciencia de unos cuantos iniciados, sino que desciende al lenguaje comun y ejerce su influencia en la conversacion, en la instruccion, en la literatura, en las creencias y en las costumbres.

«Tiempo há (dice Ritter) que la erudición se creía innecesaria, ó mas bien inútil á la filosofía, en la persuasión de que se debía sacar todo del fondo propio. Así pensaba una generación que creía haber brotado de la tierra, y que, ó no reconociendo ó no queriendo respetar la antigüedad, se jactaba de poseer una nueva sabiduría. Pero nosotros que hemos visto el término á que llegó esa generación, hemos aprendido á no despreciar lo que en todo tiempo han hecho, pensado y meditado los hombres por nosotros. En realidad los siglos trascurridos nos han dejado dos clases de enseñanza: una es fundamental, la otra no; y provienen de los medios ordinarios con que se nos comunican las ideas; tales son el lenguaje imperfecto de las nodrizas, las conversaciones de los círculos y de los salones, los discursos políticos y religiosos y el ejercicio de una lengua ya formada, que en cierto modo inventa y piensa por nosotros. Debemos además reconocer que no hemos nacido en medio de una población salvaje, y que nuestra época no es aquella de mil años ántes de Cristo; sino

que los esfuerzos sucesivos de esta antigüedad laboriosa nos han traído al estado en que al presente nos hallamos en las artes y en las ciencias.

» Pero al que solo bebe en canales impuros le disgusta el agua del manantial de la antigüedad: pregunta en tono de desprecio y de compasión si habremos de cargar aun por mucho tiempo con ese estorbo de ciencia vieja, y caracteriza de extravagantes á los antiguos que se ocuparon en la investigación de tantas cosas que nada nos interesan.

» Sin embargo, ninguna opinion antigua logró acreditarse largo tiempo como no representara una verdad de sumo interes. Yo confieso haber encontrado mas sustancia y vida en las ideas ya depuradas por el tiempo que en las ensalzadas y deprimidas alternativamente por la inconstancia de nuestra época. Y no por esto se crea que yo intento constituirme en defensor officioso de la credulidad que venera á los antiguos solo por ser antiguos: no todo lo que de ellos se ha conservado es superior: muchas cosas nos han sido trasmitidas para probarnos que la antigüedad tiene tambien sus vicios y que la lucha del bien y del mal no es de nuestros días.

» La instruccion que deducimos de la antigüedad es fundamental solo cuando nos desentendemos de lo presente y buscamos la razón de la antigüedad en la antigüedad misma. Solo aislándose del día de hoy para mejor penetrar lo pasado, puede concebirse lo presente en su principio. La experiencia de nuestra época solo se concibe habiendo, vivido por decirlo así, con el pensamiento en todas las épocas anteriores, de las que la presente es el resultado y la expresion; lo que nos es tanto mas fácil cuanto que la humanidad las ha recorrido de hecho, superando obstáculos que hoy nos basta concebir é imaginar. La instruccion camina á tal paso que en pocas horas aprendemos nosotros lo que otros descubrieron á fuerza de tiempo; y por tanto, cuanto mas envejece la humanidad tanto mas indispensables son la instruccion y el saber, si es que no queremos renunciar á la experiencia y á la ciencia que nos han trasmitido nuestros mayores.

» La opinion, pues, de aquellos que creen servir á la causa de la filosofía sin saber lo que ella ha dicho y hecho anteriormente, carece de todo fundamento. Si quieren que el mundo los comprenda, deben á lo ménos conocer la lengua tal como se ha formado con el trascurso de los siglos; y una lengua no puede aprenderse sino adquiriendo las ideas y pensamientos que está destinada á expresar.»

Y en verdad esta historia ayuda á proponer los problemas, á considerar los diversos aspectos bajo los cuales se presentaron, y las soluciones que se les dieron, y con estos materiales seguimos los progresos de una idea, determinamos las leyes de su desarrollo, ya sea en la mente ya en la humanidad, distinguimos el

genio de la extravagancia y encontramos el valor respectivo de los métodos, aconsejando la elección que debe hacerse de ellos. Es, pues, importantísimo su estudio hasta tanto que la filosofía se ocupe solamente en los teoremas capitales y que haya llegado á aquel último término en que, ó descansen en la verdad, ó confiese que es imposible encontrarla.

Mas para hacer la historia de una cosa es menester conocerla, y consigue mejor su objeto aquel que mejor la conoce. De aquí se origina la continua necesidad de nuevas historias, no solo para consignar los sucesivos progresos, sino para apreciar mejor lo pasado. Requiere, por tanto, que el historiador de la filosofía tenga conocimiento de las fuentes, una crítica severa, pero no apasionada, práctica de los demas conocimientos humanos y de la cultura universal, idea clara de la ciencia, el espíritu suficiente para abrazar todos los puntos y todos los tiempos y discernir los fundamentos de cada sistema de los abusos y exageraciones, las acciones hijas de las circunstancias y la reacción sobre estas. Es necesario que el historiador distinga la filosofía pasada de la de su tiempo; pero debe saber elevarse sobre esta para hacer justicia á aquella. Pero esto no aboga en favor de un eclecticismo que debilite la penetración y la profundidad del espíritu, conduzca al sincretismo y nos dé por resultado el sistema en vez de la verdad; pues si bien es cierto que en todo sistema hay un lado verdadero, nos exponemos á gran riesgo al separar en él lo verdadero de lo falso.

¿Y los historiadores han llenado hasta ahora estas condiciones?

Debemos estar agradecidos á Diógenes Laercio porque fué el primero de los historiadores, y porque conservó muchas cosas que sin él se hubieran perdido; pero con frecuencia considera mas bien el filósofo que la filosofía, y esta solo aparece en fragmentos.

Entre los modernos nos parece que ninguno ha puesto de su parte gran cosa. Brucker lo reunió todo, pero no consideró la filosofía sino en la práctica, y en aquella sola que tiene por objeto la felicidad. Por esto maltrata á Pitágoras y á Platon sin comprenderlos, desapruueba lo que no entra en las teorías de Descartes, desconoce el origen de los sistemas, las causas, las ocasiones externas, la filiación: en una palabra, nos presenta una crónica riquísima, donde los hechos se suceden sin conexión ni suficiente criticismo. El P. Buonafede formó una obra mas literaria que científica, muy desnuda del espíritu de la ciencia moderna y que imita el estilo burlesco de Voltaire, pero sin tener su gracia.

Tiedemann en el *Espíritu de la filosofía especulativa* busca la conexión de los sistemas entre sí y con los demas conocimientos; pero no hace mas que la historia de la filosofía teórica, separándola viciosamente de la práctica; puramente empírico, no puede elevarse

y estimar en su justo valor los sistemas que se diferencian del suyo. Buhle es ligero y superficial apénas abandona la parte literaria; no da detalles muy extensos de las grandes épocas, no conexas las teorías religiosas con las metafísicas y morales, y niega á los grandes autores la atención que da á los de segundo orden. Además, la intención principal de toda la obra, es repugnante á las buenas creencias, y está impregnada de las iras enciclopédicas.

La crítica de Tennemann es mejor que la de sus predecesores, la erudición mas vasta, y mas fiel la exposición. Lástima es que con su aridez pedantesca todo lo eche á perder, además de que, fiel sectario de Kant, no penetra lo suficiente en las otras escuelas, ni ve por consiguiente el progresivo desarrollo de la vida filosófica. También son imperdonables sus omisiones, principalmente respecto de la Italia, omisiones que suple en gran parte un escritor nuestro eruditísimo. Cousin, sin embargo, llena los vacíos; pero armado de un eclectismo que tiende á reconciliar la razón hasta con el error.

De Gerando consideró solo el origen de nuestros conocimientos, sendero estrecho del que se aparta á menudo sin llegar por esto á la perfección, y después de haberle leído, sentimos nacer mas bien que extinguirse en nosotros la necesidad de la verdad. Los sentimientos benévulos que respira á cada paso le hacen acreedor á nuestro cariño.

Hegel, ó mejor diremos, el alemán Michelet, que después de la muerte del primero compiló sus anotaciones, hizo gala de aquel ardimiento que muestra en la historia, no admitiéndola sino pretendiendo reconstruirla y determinar la necesidad de los sucesos conforme al pensamiento filosófico, lo cual le conduce hasta el punto de alterarlos.

Ritter posee muchas de las dotes que echamos ménos en los otros: gran fondo de conocimientos, gran sagacidad en la interpretación de las doctrinas, fina y circunspecta inducción al reconstruir los sistemas, conocimiento de la relación que estos guardan entre sí, de sus influencias exteriores y de la unidad y desarrollo progresivo de la filosofía en el mundo histórico; partiendo del supuesto que esta relación de la filosofía con los demás conocimientos parciales que forman el desarrollo de la vida activa social, sea el punto culminante en que debemos fijar nuestra atención. Dotado de crítica ingenua, sincero en estimar las obras de mérito, siempre de buena fe, cita copiosamente las fuentes, de modo que cada cual puede reformar sus juicios ó su método, y con su gracia literaria atrae aun á aquellos que no se han dedicado con especialidad á estos estudios.

La verdadera historia de la filosofía debe demostrar la relación eterna entre el hombre y la humanidad y la de las ideas entre sí en la sucesiva marcha de la humanidad, haciendo ver cómo estas ideas forman una cadena inde-

finida de la que cada hombre y cada generación es un eslabón. De lo contrario las generaciones aparecerán como fragmentos, y el hombre pensador, ignorante de los precedentes, aislado de los sucesos actuales y sin influencia sobre los venideros, no podría aprovecharse de los esfuerzos individuales que han hecho sus antecesores y que van encaminados á un fin providencial. Por esto, todo verdadero filósofo recoge la ciencia del punto donde la encontró, y no la deja en el mismo, sino que, tomando de sus predecesores todo lo que supieron, introduce modificaciones importantes y se apodera del pensamiento donde quiera que esté para fecundarlo con su propia originalidad y engrandecerlo. En suma, solo puede llamarse filósofo aquel que tiene un sistema completo fundado sobre una metafísica suya propia y que abraza á Dios, al hombre y á la naturaleza. Si bien se observa, esto propende también á formar la religión.

Los filósofos, como aquellos que corrian en las fiestas panateneas, se transmiten de uno á otro la antorcha encendida; mas á decir verdad, es difícil penetrarse bien de cómo todo filósofo proviene de sus predecesores y es punto de partida para los sucesivos; de cómo ejerce influencia sobre lo presente y al mismo tiempo la sufre. Esto consiste en que la idea del filósofo obra sobre la humanidad y esta sobre aquella. De aquí nace precisamente la variedad de sistemas, pues que se componen de la virtualidad creadora de la idea del filósofo y de la virtualidad creadora de la humanidad que recibe esta idea. Por lo tanto, á todo pensador nuevo se le presenta cambiado el espectáculo, y el problema de la filosofía aparece bajo otro aspecto; de modo que los sistemas no serán jamás completos mientras la humanidad, en su desarrollo, saque á la palestra elementos siempre nuevos.

Seguimos en nuestra Narración la historia de la filosofía, y exigía la naturaleza de la obra que considerásemos sus relaciones con la civilización ó con el saber de las diversas edades. Pero en semejante exámen, ni el método cronológico ni el etnográfico son los mas oportunos, supuesto que los varios sistemas derivan solamente su significación del pensamiento, en tanto que su desarrollo histórico no siempre se conforma con el orden de las ideas. Por otra parte, faltan á menudo los documentos indispensables para seguir las huellas de la ciencia en los diferentes pueblos. La India nos ha transmitido tesoros de sistemas y de obras varias; pero ¿cómo ordenarlos y buscar el hilo de estos hechos cuando falta una cronología? Otro tanto puede decirse del Egipto, de la Etruria y de los primeros Italianos, los cuales no nos han transmitido su literatura.

La historia, en la filosofía como en todo lo demás, empieza á aclararse con las escuelas de las costas del Mediterráneo. El Jonio Tales y el Italiano Pitágoras son las dos fuentes de la filosofía griega, que se desarrolla desde luego en

escuelas independientes, las cuales vienen después á reunirse en la afortunada Atenas. Con Sócrates la filosofía llegó al conocimiento de sí misma, habiendo sido aquel el primero que comprendió que no basta saber ó creer saber, sino que se necesita saber que se sabe, si se sabe y cómo se sabe. Desde entonces todas las escuelas se encaminaron á conocer el pensamiento, en el cual y por el cual existe la ciencia.

De Sócrates se derivan maestros opuestísimos: unos que hacen del hombre un dios (los estóicos), otros que hacen de él un bruto (los epicúreos), otros que todo lo confían á la razón (los peripatéticos), y otros que se remontan al campo de las ideas (los platónicos). Los aristotélicos con su nominalismo aniquilan lo creado, y los estóicos, por el contrario, lo realizan todo, hasta las mas puras abstracciones. Pero, salvas las excepciones particulares y las aplicaciones morales, quedan definitivamente por campeones de toda filosofía Platon y Aristóteles: el uno con su idealismo representa las escuelas que trabajan en el campo de las ideas; el otro con sus categorías es el jefe de las que se aplican á la realidad.

La conexión que tenían entre sí todas estas filosofías, por derivarse de Sócrates y por haberse cultivado en Atenas, se debilitó al decaer esta, y al formarse nuevos centros en Alejandría y en Roma, con escuelas no de poderosa intuición, pero sí de erudición copiosa.

Una nueva ráfaga de luz parece infundir desde el Oriente nuevo vigor á la filosofía; pero cuanto mas esta progresa, tanto mas el hombre empeora. El sentimiento de la imperfección humana predomina, y la desesperación se apodera de los ánimos hasta que llega el Cristianismo con el restablecimiento de las primitivas tradiciones á descorrer el velo de la eterna verdad oscurecida.

La promesa de la vida eterna anunciada por el Salvador de la humanidad difunde una esperanza desconocida en el alma de los hombres que empiezan una vida nueva; la historia divorciada de Dios vuelve á él, y como fórmula sublime de esta reconciliación se nos ofrece la redención de nuestras culpas, no aniquilándonos sino perfeccionando nuestra existencia de modo que todos los males temporales se extingan en la eterna bienaventuranza.

En este punto se encuentran de frente dos civilizaciones, dos literaturas, y por consiguiente dos filosofías. La antigua, orgullosa con su ancianidad, aparenta desdeñar la nueva, y sin embargo, se aprovecha de los elementos de vida que esta contiene hasta que al fin sucumbe. La nueva se acostumbra en la lucha á manejar las armas y la táctica de su contraria y á su vez abusa de ellas. Los pasados extravíos no fueron infructuosos en la práctica, y aun en las épocas en que la filosofía quedó escondida aparentemente en los templos, la opinión individual tuvo campo donde hacer sus pruebas,

ya en las herejías, ya en el desarrollo del pensamiento católico.

Con el renacimiento se recobra la filosofía antigua. El Cristianismo había combatido la individualidad en las creencias y el egoísmo en la práctica; pero la Reforma renegó de este proceder y volvió á proclamar la omnisciencia del hombre. Bacon y Descartes hacen del alma una tabla rasa preparada por la duda. Descartes, hombre de lógica solitaria, geometra del yo pensador, consecuencia extrema del protestantismo, pone en las nubes el derecho religioso del individuo, mas impugna el derecho religioso de la sociedad; y así como de la escuela de Sócrates vimos salir sistemas opuestos, así del método de Descartes salieron el idealismo de Malebranche, el sensualismo de Locke, el panteísmo de Espinosa y el escepticismo de Bayle.

La edad média se había extraviado en las sutilezas del escolasticismo: el siglo XVII vaciló en el vacío de las abstracciones; el XVIII se engolfó en el materialismo, jactándose el último de sus representantes de haber hecho de la ideología un ramo de zoología, y del entendimiento una dependencia del físico-humano. Viene después Kant á detenerle en este resbaladero, demostrando la insuficiencia de la razón pura y la imposibilidad de aplicar el método de los geometras á la vida del yo: admirable pensador que al fin consigue devolver á la inteligencia aquellos últimos principios que los filósofos habían persistido en reconocer como caracteres propios y esenciales de la naturaleza exterior. Pero también de Kant nacieron tantos métodos de investigación racional cuantos fueron sus mas escogidos discípulos.

Contra los abusos se invocó el sentido común, se apeló al consentimiento universal y hasta se proclamó con filosofía suprema una pura erudición intitulada eclectismo. El eclectismo es por cierto recomendable cuando logra conciliar opiniones convergentes, planteando un sistema superior en el cual encuentren aquellas la conformidad de los puntos de semejanza; pero si se quiere obrar mecánicamente sobre tales opiniones, no se hace mas que una amalgama indigesta y repugnante.

Sin embargo, en este y otros sistemas nacidos y muertos en nuestros días, solo vemos á menudo la lucha de los partidos, los cuales suelen tomar sus rencores por ideas, descendiendo desde el campo de la razón pura á mezquinas aplicaciones.

Entretanto la Alemania ampliando y corrigiendo la teórica de Kant, se sumergía toda en la filosofía del yo, y quedaba absorta en las abstracciones como si el pensamiento pudiese ser fin de sí mismo en vez de instrumento de su perfección: sin embargo, hoy día todos reconocen los defectos inherentes á los sistemas formales y subjetivos de Kant y de Fichte y á los objetivos y absolutos de Schelling y de Hegel. En Francia nacia entretanto la filosofía

humanitaria, cuyo idealismo se funda en el progreso indefinido y en la perfectibilidad de la especie humana; pero aun cuando esta filosofía presume de dogmática y orgánica, no es en realidad sino crítica, sirviéndose admirablemente de la historia, pero de la historia sola: la cual puede suministrar pruebas, no teorías absolutas; lo contingente, no lo necesario.

Aquí la verdad no está sujeta á la experiencia ni al cálculo como en las matemáticas y en la física, sino que lo verdadero se mezcla con lo falso hasta el punto de ser difícil distinguir uno de otro, si bien toda inteligencia vulgar ó sublime lleva en sí la solución del problema. Esta solución puede ser diferente según los individuos, de donde nace la lucha de los sistemas que se suceden de tiempo en tiempo y trasforman estos grandes problemas de Dios, del alma y del mundo, y trabajando sin cesar se elevan á una verdad cada vez mas pura y cada vez mas completa.

Pero ¿llegará jamás la filosofía á descubrir la verdad definitiva? ¿Descubrirá una certeza ante la cual no sucumba aquella libertad que tiene el hombre de suspender su asentimiento aun á la vista de las apariencias de la verdad? ¿Encontrará el paso del pensamiento al mundo, tan difícil á la ciencia como fácil á todo el que vive y cree?

Algunos al ver tanta lucha y tan frecuente oposición entre las doctrinas filosóficas, lo que las obliga á desviarse del camino que conduce rectamente á la ciencia del fin de la vida humana, se asombran y desesperan. Las aspiraciones humanas guardan todas cierta contradicción entre sí, con lo que se perjudican unas á otras, y por consiguiente á la filosofía; pero la Providencia sabe, entre los esfuerzos humanos que se contrarían, conservar secretamente

un acuerdo que nos deja la confianza de encontrar un día el camino seguro en esta ciencia de las causas y de los principios: esto es, de la razón última de lo que existe ó creemos que existe.

Si juzgamos de lo futuro por lo pasado, la filosofía no podrá proceder sino admitiendo, á título de verdad humanamente inexplicable, es decir, de misterio, la cohesión de lo finito con lo infinito, de la libertad con la necesidad, y de la criatura con el Criador; invocando la creencia y la fe en apoyo de la permanencia del yo y para dar á la idea de lo verdadero una sanción suprema, sin la cual la filosofía y la misma vida no son sino juegos del espíritu. Aislar al hombre, abandonarle á sus solas fuerzas, obligarle á empezar constantemente su propia educación, no se conforma con el sentimiento de hoy, que quiere buscar la verdad con el valor que nace de la fe y con la paciencia que nace de la esperanza. Aleccionados con la ciencia y los errores de nuestros padres, continuemos su obra para trasmitirla mas adelantada á nuestros hijos. Pero solo abandonando la presunción individual y resignándose á una reverente docilidad, se llegará á conciliar el dogma con el sistema, el himno con el razonamiento, es decir, la religión con la filosofía; la una que camina con la fe, la otra que precede con la reflexión, pensamiento del pensamiento, pero ambas enlazadas por un fin idéntico, la verdad. Así de acuerdo, podrán abatir al enemigo comun, el escepticismo, volver la tranquilidad á los ánimos inquietos, porque están irresolutos, y determinar los límites que separan los designios de Dios realizados en el mundo, de las verdades incomensurables de que nos hizo un misterio, reservándose para otro lugar la explicación.

NÚM. I

FILOSOFÍA INDIA (1)

SE REFIERE Á LA NARRACION, LIB. II, CAP. XIV y XV.

§ 1. COMPENDIO DE LA FILOSOFÍA INDIA.

Á Colebrooke se debe cuanto hoy se sabe acerca de la filosofía de los Indios, porque ántes que este autor escribiese, las noticias que teníamos sobre esta materia eran incompletas, y los que han escrito despues, no han hecho mas que copiar ó aclarar sus obras. Colebrooke habia residido en India por espacio de muchos años haciendo grandes servicios á la ciencia y á la civilización; tuvo constantes relaciones con los panditas indígenas mas instruidos, y como era muy versado en la lengua sanscrita, pudo leer por sí ó con ayuda de otros la mayor parte de los documentos de la filosofía india: fortuna que ningun otro alcanzó ni alcanzará tal vez por mucho tiempo.

Se ha dicho con justicia de Colebrooke que no tenia suficientes conocimientos en filosofía general, pues de otro modo hubiera comprendido mejor las soluciones que quisieron dar los Indios de los problemas filosóficos. En efecto, es incompleto y poco exacto al comparar la filosofía sanscrita con los primeros sistemas griegos; su exposición no es clara, pues reúne cosas que debieran figurar separadas, y

en la clasificación de los sistemas procede con incoherencia manifiesta. Es probable que el autor á que nos referimos tomase esta clasificación de los mismos indígenas; pero la historia de la filosofía, tal como hoy existe, no puede admitirla, y los principios fijos sobre que se funda la ciencia están en abierta contradicción con los que Colebrooke creyó poder aplicar.

Pero, para que sepamos cuánto se debe á este autor, basta hacernos cargo de lo que se sabía sobre este punto anteriormente. Brucker no pudo hacer mas que coleccionar lo que ya habian dicho los Griegos desde la muerte de Alejandro. En el siglo XVIII empezaron algunos á interesarse en todo cuanto hacia referencia á las costumbres y doctrinas de los Indios, y Voltaire, con su natural perspicacia, parece como que adivinaba todos los descubrimientos inminentes. Pero no le movía solo el amor desinteresado de la ciencia, sino el ímpetu de sus pasiones, excitadas en la gran polémica que habia entablado y por cuyo medio supo provocar y obtener nuevas noticias de los misioneros. Voltaire habló con mas osadía que nadie de la gran importancia de los Vedas y de las profundas doctrinas en ellos contenidas, y consiguió popularizar el asunto.

Tiedemann, Ritter, Wendischmann y otros historiadores de la filosofía se apoyan en Colebrooke. Pero ya ántes habia expuesto Guillermo Jones consideraciones muy justas, aunque genéricas, en esto como en todo lo demas. Este primer impulso no fué ineficaz. Wilkins tradujo el Bagavad-guita; Schlegel y Taylor interpretaron otros documentos; Ward, aunque despreciado por Colebrooke, é ignorante del sanscrito, reunió nuevos y extensos materiales filosóficos, á pesar de que tiene el defecto de no apoyarse nunca en monumentos originales y de no citar sus autoridades. Finalmente Colebrooke ha hecho que sean posibles los trabajos ulteriores que completarán su obra.

En cuánto á la importancia y extensión de

(1) Véanse COLEBROOKE, *Ensayo sobre la filosofía de los Indios*. Londres, 1837.

WARE, *Historia literaria y mitológica de los Indios*. Serampoor, 1848.

WILSON, *Saukya Karika*. Oxford, 1837, en inglés; y en sanscrito y en latin por Lassen, *Gymnosophista, sive Indiae philosophiae documenta*. Bona, 1832.

WINDISCHMANN, *De Theologumenis vedanticorum*. Ibid., 1833.

BARTHELEMY SAINT-HILAIRE, *El Niaya*, y traducción de los Sutas, con la Memoria leída á la Academia de Francia en julio de 1846, de la que tomamos nuestro texto.

COUSIN, *Curso de la historia de la filosofía*.

RITTER, *Historia de la filosofía*.

G. SCHLEGEL, *Historia de la literatura y filosofía de la historia*.

Rational refutation of the hindre philosophical systems, by Nehemia Nilakantha Sastri Gore, traducido del original por Federico Eduardo Hall. Calcuta, 1862.